

GRIEGOS, ROMANOS Y «BÁRBAROS» EN LA TOPONIMIA PALEOHISPÁNICA

Jürgen Untermann

Al utilizar topónimos de lenguas extranjeras, nosotros, los europeos de clase culta, nos esforzamos en pronunciarlos tal y como se pronuncian en la lengua respectiva. Eso nos resulta bastante fácil, cuando se trata de una lengua que hemos aprendido en nuestros estudios o cuya grafía se corresponde bastante bien con la pronunciación. Pero ya en nuestra vecindad hay regiones que no cumplen estas condiciones y, por mi parte, confieso que no me atrae mucho viajar a Polonia, Hungría o el País de Gales, porque me arriesgo al ridículo por la mala reproducción fónica de lo que se lee en los mapas y los indicadores de carreteras.

Sin embargo, hace no más de dos o tres generaciones, estaba plenamente admitido pronunciar topónimos extranjeros según la grafía de la lengua propia y a menudo tales usos han quedado como normas hasta hoy: nosotros los alemanes decimos que las capitales de Francia, Inglaterra y España son */Paris/*, */London/* y */Madrid/* y no, como sería correcto, */pari/*, */landen/* y */madrid/*. Al remontarnos a siglos anteriores, se observa una libertad casi ilimitada en la adaptación de topónimos de otros países a las estructuras lingüísticas propias: los ejemplos más notables los presentan las relaciones ya muy veteranas entre la Italia y los países germanófonos de la Europa Central; por ejemplo, decimos

– *Mailand, Venedig, Turin, Florenz, Rom*

aunque no nos causaría la menor dificultad el articular las formas originales

– *Milano, Venezia, Torino, Firenze, Roma*

Y al revés, los italianos para denominar las grandes ciudades alemanas no emplean los nombres originales,

– *Frankfurt, Mainz, Hamburg, Köln,*

Jürgen Untermann

sino que las llaman

– *Francoforte, Magonza, Hamburgo, Colonia.*

El caso de *Frankfurt - Francoforte* es casi prototípico para la asimilación a las reglas propias de fonética y de estructura morfológica: el topónimo alemán se compone de siete consonantes y dos vocales, la versión italiana añade dos vocales y, además, resulta en una palabra que se compone de dos adjetivos bien conocidos de la misma lengua, *franco* «libre» y *forte* «fuerte».

Pasemos, en fin, al tema de la conferencia, «Griegos y romanos y la toponimia indígena de la Hispania antigua». También los griegos y los romanos se vieron expuestos a la confrontación con nombres exóticos, los unos como comerciantes y colonizadores, los otros en el curso de su expansión imperialista sobre todo el mundo antiguo. Aunque nunca se vieron obligados a aprender los idiomas de las poblaciones con las cuales entraron en contacto, no pudieron evitar el reconocimiento y el empleo de los nombres propios de personas y lugares, en primer lugar, para el funcionamiento de sus empresas comerciales o militares, pero igualmente al concebir los relatos sobre sus viajes o sus éxitos bélicos, desde la *Odisea* de Homero y el *bellum gallicum* de César hasta el fin de la actividad literaria antigua.

Y se sabe que estos relatos y las obras de etnografía y geografía –en particular las de Heródoto, Estrabón, Plinio y Tolomeo– para nosotros son de valor inestimable como fuentes de idiomas de los cuales de otra suerte no tendríamos ninguna información o sólo un conocimiento muy nebuloso. Pero precisamente por esto tenemos que preguntarnos con qué grado de fiabilidad se nos transmiten los datos en los informadores respectivos, o si éstos también habían sustituido un *Frankfurt* por *Francoforte* o un *Milano* por *Mailand*.

Antes de nada, es seguro que las desinencias flexionales de nombre extranjeros nunca se transmiten en su forma original, sino que son latinas en textos latinos y griegas en textos griegos. A lo sumo, los autores clásicos renuncian a hacer visible la flexión indígena transmitiéndonos una forma sin desinencia, por ejemplo *Ateste* y *Tergeste* en Italia, o *Acci* e *Ilici* en la Península Ibérica. A veces, cuando disponemos de un número suficiente de testimonios, somos capaces de observar el proceso de la integración flexional, por ejemplo en el caso del topónimo ibérico de *Saetabis*, la actual Játiva.

La ciudad acuñó monedas con leyenda ibérica *saitabi-etar* y otras bígrafas que dan *saiti* en letras ibéricas y *SAITABI* en alfabeto latino. En inscripciones latinas de carácter oficial aparece *SAETABI* sin desinencias, acompañado por el cognomen *Augustanorum*, en CIL II 3655 como genitivo, que depende de *ex decurionum decreto*; menos claro en CIL XIV 3795 en la secuencia *ex municipio Saetabi Augustanorum*, donde puede ser o bien genitivo concordante con *Augustanorum*, o bien ablativo concordante con *municipio*.

En cambio, Estrabón y Tolomeo declinan el topónimo como un tema griego en *i*, nominativo *Σαῖταβίς* (PTOL. 2,6,61), genitivo *Σάιταβιος* (STR. 3,4,9),

Griegos, romanos y «bárbaros» en la toponimia paleohispánica

Σαίταβιος (PTOL. 2,6,14); y en los cuatro vasos de Vicarello la ciudad aparece tres veces sin flexión, *Saetabi*, una vez en acusativo latino *Saetabim*.

Otro ejemplo mejor conocido lo tenemos en *brig-*, segundo elemento de topónimos compuestos, que es tema consonántico en germánico (gótico *baurgs*), irlandés (*brí*, genitivo *brig* «colina») y celtibérico, como se desprende de las leyendas moneales SEGOBRIS, *nertobis* = */-brig-s/* en nominativo, *sekobirikez* en ablativo, pero aparece exclusivamente como tema en *-ā* en las fuentes latinas.

No sabemos por qué los romanos evitaron la flexión consonántica, como ya hicieron también en la misma Italia, donde sustituyeron los nombres griegos Ἀκράγας, Ἀκράγαντος, y Τάρας, Τάραντος por *Agrigentum*, *Tarentum*, aunque les habría sido perfectamente posible usarlos como temas en *-nt-*, como, por ejemplo, sus propios participios de presente.

Al pasar a las transformaciones de topónimos enteros con la finalidad de liberarlos de un aspecto excesivamente bárbaro, hay que contar con tres tendencias distintas, que a veces se mezclan de manera inextricable:

- 1) El horror que sintieron los informantes y autores clásicos frente a nombres que no se integraban fácilmente en las normas fonológicas y morfológicas de sus lenguas respectivas, es decir, el caso de *Frankfurt - Francoforte*.
- 2) Los relatos de los griegos sobre sus andanzas por todo el mundo, especialmente en las épocas más remotas, desaparecidas desde hacía mucho tiempo tras la niebla de la tradición semi-mitológica, por ejemplo, las aventuras de Hércules y los viajes de Ulises y otros héroes griegos que volvían de la guerra de Troya o de troyanos que habían escapado a la derrota de su ciudad, leyendas y mitos que preferentemente aludieron al fin del mundo como última parada de sus viajes.
- 3) A los mismos indígenas les resultó importante el no ser bárbaros sino descendientes o bien de héroes griegos o troyanos, o bien de colonizadores del lejano occidente mediterráneo. El ejemplo clásico lo son los mismos romanos, que reclamaron un prestigio particular por el hecho de que eran nietos del troyano Eneas y, a través de él, de la diosa Venus.

El caso más llamativo en la Península es el de los saguntinos, quienes insistieron en su procedencia para motivar la obligatoriedad de la ayuda por parte de los romanos contra el ataque cartaginés. Es famosa la frase de Livio (21,7,2)

(Saguntini) oriundi a Zacyntho insula dicuntur mixtique etiam ab Ardea Rutulorum quidam generis.

Se dice que descienden de la isla de Zacynthos una isla griega en el mar Jonio y que están mezclados con gente de los rútuos que vinieron de Ardea una ciudad situada treinta kilómetros al sur de Roma.

Jürgen Untermann

En ambos casos, la pretensión tiene su base exclusivamente en la asonancia fonética de los topónimos respectivos: por un lado, del bien conocido de *Saguntum*, por otro lado del segundo nombre de Sagunto, *arse*, que afortunadamente conocemos gracias a las monedas bilingües de la ciudad.

Parece que esta procedencia ficticia fue aceptada por los historiógrafos griegos: mientras que los geógrafos Estrabón y Tolomeo mantienen la forma correcta Σάγουντον (Estrabón añade Σάγουντον κτίσμα Ζακυνθίων, *Sagunto, fundación de los Zakynthios*), Polibio la llama Ζάκανθα y Apiano Ζακάνθη, aparentemente una asimilación parcial del topónimo ibérico al mito del origen griego de la ciudad, aunque hasta la fecha no se ha ofrecido una buena motivación de la vocal *a* de la segunda sílaba.

En lo que sigue, les ruego que me permitan aducir, en orden poco sistemático, una serie de ejemplos —a mi modo de ver, más o menos significativos— de cómo trataron los autores clásicos los topónimos prerromanos de la Península Ibérica.

Primero, el ya mencionado horror frente a nombres demasiado bárbaros. Pomponio Mela al describir la costa septentrional de la Península, dice

Cantabrorum aliquot populi amnesque sunt quorum nomina nostro ore concipi nequeant.

Hay algunos pueblos y ríos cuyos nombres no se pueden concebir en nuestra boca, es decir, que no podemos articular en nuestra lengua.

Plinio en su *historia naturalis* habla de las ciento setenta y cinco ciudades que se cuentan en la provincia Bética, de las que sólo quiere mencionar aquellas que son

digna memoratu aut Latio sermone dictu facilia,

o dignas de memoria o que se pronuncian fácilmente en la lengua latina.

Aún más decisivo es lo que dice Estrabón 3.3.7 al tratar a las tribus del norte de Hispania:

ὁκνῶ δέ τοις ὀνόμασι πλεονάζειν φεύγων τὸ ἀηδές τῆς γραφῆς, εἰ μὴ τινι πρὸς ἡδονῆς ἔστιν ἀκούειν Πλευταύρους καὶ Βαρδυήτας καὶ Ἀλλότριγας καὶ ἄλλα χεῖρω καὶ ἀσημότερα τούτων ὀνόματα.

Me molesta citar muchos nombres, porque evito lo feo de su grafía, a no ser que divierta a alguien el escuchar nombres como Pleutauros, Barduetes, Alótriges y otro aún peores y más disparatados.

Hoy en día podemos lamentar que con este comportamiento benévolo Mela, Plinio y Estrabón nos han privado de valiosos informes, porque son precisamente

Griegos, romanos y «bárbaros» en la toponimia paleohispánica

aquellos nombres ridículos y disparatados los que hubiesen sido un aumento inestimable de nuestros conocimientos de las lenguas prerromanas.

Hay un pasaje que tal vez nos permita mirar un poco más de cerca el proceder de un autor antiguo, en este caso, de Plinio. En su libro describe los distritos administrativos romanos de Galicia, el de Lugo y el de Braga, y primero dice y luego continúa:

simili modo Bracarum quattuor et viginti civitates ... ex quibus praeter ipsos Bracaros Bibali, Coelerni Callaeci, Equaesii, Limici, Querquerni citra fastidium nominentur.

de manera semejante, las veinticuatro ciudades de los Brácaros, de las que pueden nombrarse sin peligro de aburrimiento los mismos Brácaros, y además los Bibalos, los Coelernos de Galicia, los Ecuessos, los Límicos, los Cuercuernos.

Evidentemente estos nombres no son sometidos al reproche de aburrimiento y de la *barbara appellatio*. Para entenderlos mejor nos da un información preciosa la inscripción del cipo erigido en el puente sobre el río Tâmega en la ciudad portuguesa de Chaves (CIL II 2477), que contiene un texto de homenaje al emperador Vespasiano, fechado en el año 79 después de Cristo. Al final de esta inscripción se mencionan las entidades que erigieron el monumento:

civitates X / Aquiflavienses Aobrigens(es) / Bibali Coelerni Equaesii / Interamici Limici Aebisoci(i) / Quarquerni Tamagani.

diez comunidades, los Aquaflavienses (es decir los ciudadanos de Aquae Flaviae, la actual ciudad de Chaves), los Bibali, Coelerni, Equaesii, Interamici, Limici, Aebisoci, Quarquerni, Tamagani.

Si la semejanza de esta lista con la de Plinio no se debe a la casualidad (lo que no me parece verosímil), se pueden reconstruir los siguientes hechos:

Una inscripción de homenaje no se erige en balde, sino como acto de gratitud por un beneficio recibido del homenajeado. Por lo tanto, unos años antes del 79, las diez entidades deben de haber dirigido una solicitud al emperador, a la cual éste respondió positivamente. Por otro lado, sabemos que Plinio vivió un cierto tiempo cerca de Vespasiano, posiblemente con la función de un secretario. Es muy posible que durante aquella época la solicitud haya pasado por su escritorio, y por supuesto, el texto de los gallegos de entonces fue escrito en un latín correcto y con ortografía culta de los nombres indígenas. Es decir, a Plinio se le presentó una lista muy poco bárbara de etnónimos gallegos y no es extraño que el infatigable coleccionista de informes haya tomado nota de estos nombres en sus ficheros y los haya utilizado en el marco del capítulo sobre la geografía del Noroeste hispánico.

Jürgen Untermann

Con respecto a cómo parecía conveniente a los autores clásicos la ortografía, tal vez valga la pena echar un vistazo al empleo de las letras *hache* e *i-griega*, a las que no corresponde ningún fonema del repertorio de las lenguas prerromanas: ninguno de los alfabetos indígenas de la Hispania antigua contiene un signo con el valor de la *hache* latina o del espíritu áspero griego; y tampoco en inscripciones ibéricas o celtibéricas escritas en escrituras griega o latina se emplea un signo para vocales aspiradas.

En el *handout*, bajo el número ###, he reunido la lista de topónimos prerromanos que, a pesar de eso, en las fuentes clásicas muestran un espíritu áspero o una *hache* inicial.

En varios casos, salta a la vista el influjo de la etimología popular, por ejemplo en *Ilici* que les recordó a los griegos su palabra ἤλιξ ‘tornillo’, o en *Asta*, en la cual los romanos reconocieron su lanza; y al deformar el topónimo ibérico *Iponuba* en *Hippo nova*, los autores responsables pensaron en el nombre griego del caballo y lo combinaron con el adjetivo bien conocido del latín con significado «nuevo».

De tipo algo distinto parece ser lo que dio el nombre etrusco-itálico *Herminius mons* a la gran sierra del centro de Portugal: en la misma región hay el nombre indígena *Aeminius*, *Aeminium*, que denominaba tanto a la ciudad que hoy se llama Coimbra, como a un río, que desciende de la Serra da Estrela y pasa por esta ciudad. Sea como sea, a un romano llegado a aquella región, por ejemplo como jefe de ejército, le habrían pronunciado las gentes del lugar algo que le sonaba como *Arminio* o *Erminio*. El romano entendió algo que le pareció homófono con el gentilicio itálico y transmitió a su patria que en el extremo Oeste había una gran montaña llamada *Herminius mons*.

El dilema más grave es el que nos plantean los topónimos más frecuentemente atestiguados con *hache* inicial -el de la ciudad de *Hispalis*, hoy Sevilla, el del río *Hiberus*, hoy Ebro, y los nombres del país en su totalidad y de sus habitantes, *Hiberia* - *Hiberi*, *Hispania* - *Hispani*.

El nombre *Hispani* y su colectivo *Hispania* aparecen casi exclusivamente en fuentes de lengua latina, excepto una frase de Estrabón (3,4,19)

οἱ δὲ νῦν ... συνωνύμως τε τὴν αὐτὴν Ἰβηρίαν λέγουσι καὶ Ἰσπανίαν·

La gente de hoy ... llama de manera sinónima también ‘Hispania’ a la misma Iberia,

donde la palabra Ἰσπανία se transmite con espíritu áspero.

Igualmente sólo con *hache* se da el topónimo *Hispalis*, atestiguado con espíritu áspero en las obras griegas de Estrabón y Tolomeo, que en alto grado dependen de modelos latinos, en particular del mapamundi de Agripa.

En cambio, es diferente el caso del río *Hiberus*, *quem propter universam Hispaniam Graeci appellavere Hiberiam* (Plinio 3,21), *el Ebro, por cuya causa los*

Griegos, romanos y «bárbaros» en la toponimia paleohispánica

Griegos llaman 'Hiberia' a toda la Hispania, y del etnónimo de los *Híberos*, que muestran una hache en toda la literatura latina mientras que en textos griegos siempre se escriben sin aspiración. Se plantea, pues, la pregunta de por qué los romanos pusieron la hache en estos nombres, contra el uso de los griegos y por qué lo hicieron en los nombres *Hispalis* e *Hispania*.

Resulta inútil la búsqueda de motivos externos. Por ejemplo, la famosa etimología de *Hspania* como «la isla de los conejos», derivándolo del fenicio y hebreo 'Ai 'isla, costa', yshaphan 'damán de roca', una especie de animal semejante a nuestro conejo. La palabra 'Ai 'isla' empieza por un *aleph* y no por una laringal que pudiera motivar una aspiración en la lengua latina. O también la etimología vasca del río *Ebro*, que por ciertos autores suele ser reducido al vasco *ibar* 'valle de un río, vega'; tampoco aquí la supuesta procedencia aclara la hache del *Hiberus* de los textos latinos.

Aparentemente, en la lengua de los romanos había la tendencia de anteponer una hache a nombres extranjeros que empiezan por la vocal *i*, hay un verso de los *Menaechmi* de Plauto (235-238) que nos suministra nada menos que tres ejemplos: *Histros*, *Hispanos*, *Massiliensis*, *Hilurios* ... *sumus circumvecti*, «navegamos alrededor de los Istros, los Hispanos, los habitantes de Marsella, los Ilirios», y se puede añadir el nombre del río Danubio en su parte oriental, en griego Ἰστρος con espíritu suave, en latín *Hister* con hache inicial.

De todo eso se desprende de manera inevitable que la aspiración de *Hispalis*, *Hispania*, *Hiberus* e *Hiberia* ha de ser interpretada como fenómeno de latinización, a pesar del hecho de que nuestros conocimientos, por lo demás muy amplios, de la gramática latina no nos presten ningún apoyo para integrar este fenómeno en el sistema fonológico de la lengua.

Al pasar del latín al griego, se ofrece como punto de partida la otra particularidad ortográfica ya mencionada, el empleo de la *ypsilon*, de la *i-griega*. Con más frecuencia que en el caso de la hache, los autores antiguos nos hacen saber sus motivaciones cuando comentan topónimos con esta letra: evidentemente, fue reconocida en alto grado como síntoma de presencia griega, desde luego tanto real como debida a construcciones eruditas de los geógrafos y filólogos de la Grecia antigua, a veces también recogidas y transmitidas en obras latinas. Una fuente de riqueza particular es el gran desfile de tropas indígenas hispánicas que Silio Itálico incluye en su poema *Punica*, siguiendo el modelo del catálogo de flotas del segundo canto de la *Ilíada* de Homero, o la presentación de los contingentes itálicos, que da Virgilio en el séptimo libro (647- 817) de su *Eneida*.

Me ciño a dos ejemplos, a los Astures y a la ciudad gallega que hoy se llama Tui. Al escribir el etnónimo de los *Astures* y el nombre la región de *Asturia* todos los documentos oficiales muestran la vocal *u* en la segunda sílaba, y otro tanto hacen los autores con nivel científico, Plinio, Estrabón, Tolomeo. En cambio, Pomponius Mela en su periplo (3,13) y Silius Italicus (3,334) hablan no de *Astures* sino de *Astyres*, y Silius lo comenta aduciendo a una persona *Astyr* y mediante un cuento tal vez inventado *ad hoc*, diciendo

Jürgen Untermann

*venit et in orbem
diversum patrias fugit cum devius oras
armiger Eoi non felix Memnonis Astyr.*

*vino también Astyr, el desafortunado escudero de Memnón, cuando se
había refugiado en otro orbe, después de haber errado el camino a las cos-
tas de su patria.*

y algo parecido para la ciudad llamada Τοῦδαι por Tolomeo (2,6,44), *Tude* en los itinerarios antiguos, pero *Tyde* con *i* -griega por Plinio (4,112), y Silio (3,367), al cual igualmente debemos una apología muy poética de esta ortografía:

Gravios ... Oeneae misere domus Aetolaque Tyde

a los Gravios los enviaron las casas Oineas y la Tyde etólica

El entendimiento de este verso exige una familiaridad considerable con la mitología homérica: hay que saber que se trata del héroe griego Tideo, hijo de Oineo, rey de Etolia. Según tradiciones menos fantásticas, Tideo volvió de Troya a su patria y murió allí, pero Silio (o su fuente, es decir, otro aficionado a tales mitos) no pudo resistir la tentación de transformar el topónimo gallego *Tudae* en *Tyde* reclamando como padrino al gran capitán de las tropas etólicas de la guerra troyana.

El protagonista de la presencia griega en todo el mundo es, desde luego, Hércules, que llevó a pacer sus vacas en la Roma todavía no erigida, que fundó la ciudad de Alesia en Borgoña y cuyos monumentos más occidentales son las columnas que flanquean el estrecho de Gibraltar. Por lo demás, no hay muchos recuerdos de su presencia que hayan cristalizado en la toponimia de Hispania, cosa que, en cambio, sucede en un grado mucho más alto con la siguiente generación de *globetrotters* procedentes de Grecia y de Troya, en primer lugar Ὀδυσσεύς - Ulises, del que Estrabón dice (3,2,13), que hay

μυρία ἑχνη τῆς τε ἐκείνου πλάνης

diez mil huellas de su rodeo.

A título de ejemplo, el autor cita (3,2,13 y 3,4,3) la ciudad llamada Ὀδύσσεια, en la montaña al norte de Abdera, hoy Adra, en la provincia de Almería: por supuesto, es la helenización de un topónimo ibérico de forma parecida, tal vez de una población homónima con *Oducia* sobre el Guadalquivir en el centro de la Bética.

La ciudad más célebre de la Península cuyo nombre se ha vinculado con el de Ulises es Lisboa, la antigua *Olisipo*. Su supuesta fundación por Ulises aparece en varios textos, curiosamente, por lo demás, en la variante *Ulisses* o *Ulixes* canonizada en la tradición latina

Griegos, romanos y «bárbaros» en la toponimia paleohispánica

Solino 23,5 *oppidum Olisipone Ulixi conditum*;

Marciano Capela 6,629: *Olisipone illic oppidum ab Ulixe conditum ferunt*;

Isidoro de Sevilla, *Origines* 15,1,70: *Olisipona ab Ulixe est condita et nuncupata*, es decir, *fundada y denominada por Ulises*,

y se refleja en ortografías como τὴν Ὀλυσσιπῶνα en Estrabón (3,3,1), *Ulisippo* en Pomponio Mela (3,7), e incluso en una inscripción (CIL II 124, Coruche, cerca de Santarém), en la cual un individuo se declara *Ulisiponen(is)*, ciudadano de *Ulisipo*.

Más hacia el norte, en Galicia, tropezamos con una extraña acumulación de reminiscencias que se refieren a mitos griegos de la época de Homero. De manera muy sucinta lo expresa Justino (44,3,2): *Gallaeci Graecam sibi originem adserunt* «los gallegos reclaman para sí mismos que son de origen griego», y Plinio (4,112), en la descripción del distrito administrativo romano de Braga, dice:

a Cilenis conventus Bracarum: Helleni, Grovi, castellum Tyde, Graecorum subolis omnia.

con la tribu de los Cilenos empieza el conventus Bracarum, hay los Helenos, los Grovios, la fortaleza de Tyde, todos procedentes de los Griegos.

Ya hemos hablado del *castellum Tyde*, con su *i griega*, que en la obra de Tolomeo aparece como ciudad de los *Grovios*, transformados por Silio en *Gravios*, evidentemente con la intención de acercar su sonido al de los *Graios*, uno de los nombres que los romanos dieron a los griegos.

Algo más extenso es lo que escribe Estrabón (3,4,3), mencionando a los héroes Teucro y Anfíloco, que juegan un papel notable en las narraciones homéricas sobre la guerra troyana:

ἐν Καλλαικοῖς δὲ τῶν μετὰ Τεύκρου στρατευσάντων τινὰς οἰκῆσαι, καὶ ὑπάρξαι πόλεις αὐτόθι, τὴν μὲν καλουμένην Ἑλληνας τὴν δὲ Ἀμφίλοχοι, ὡς καὶ τοῦ Ἀμφιλόχου εὐεκτήσαντος δεῦρο καὶ τῶν συνόντων πλανηθέντων μέχρι τῆς μεσογαίας.

Se dice que entre los Gallegos se asentaron algunos de los que vinieron con el ejército de Teucro, y que existían ciudades que se llaman Hellenes y Amphilochoi, como si Anfíloco hubiese muerto allí y sus compañeros hubiesen andado errantes hasta el interior del país.

Otra vez más, claro está que se trata de topónimos y etnónimos indígenas que esconden su forma original bárbara detrás de nombres griegos de gran prestigio y nos queda la tarea de desenmascarar este camuflaje para penetrar en las formas auténticas usadas en las lenguas prerromanas de la región.

Jürgen Untermann

Respecto a los *Helenos*, se ofrece el topónimo *Elaeneobriga*, atestiguado por el adjetivo *Elaeneobrigensis* en una inscripción hallada en Braga; este topónimo puede ser compuesto de la palabra *-briga* y de un etnónimo, que debería aparecer en un texto latino como *Elaenii*.

Para *Amphilochoi*, aparentemente nombre de una ciudad en el pasaje de Estrabón, hay otro testimonio en Justino (44,34,4), donde denomina a un territorio, sector de Galicia: *Gallaeciae portio Amphilochi dicuntur*. En todo caso es probable que tenga su base en un nombre celta compuesto de la preposición *ambi* «a los dos lados, alrededor» como el *Ambimogidus* de la inscripción de la Fonte do Ídolo de Braga, o el *Ambiroadacus*, natural de Uxama en la Celtiberia. En la segunda componente de *Amphilochoi* tal vez se esconda algo cotejable con la raíz *loug-*, *lug-*, conocida através de los teónimos *Luguei*, *Lucoubo* etcétera.

Es mucho más difícil el caso de *Teukros*, quien según otras tradiciones fundó la ciudad de Salamina en Grecia y Carthago Nova en Hispania y luego, como dice Justino (44,3,4)

Gallaeciam transisse et positis sedibus genti nomen dedisse,

que haya pasado a Galicia y, después de haber establecido los asentamientos, que haya dado el nombre al pueblo.

¿Qué nombre? Hasta la fecha no hay ningún nombre de sonido parecido en el noroeste peninsular; sólo bastante lejos, en la región de los Arévacos, Tolomeo (2,6,55) menciona una ciudad llamada *Tukris* e, igualmente a considerable distancia, en la inscripción lusitana de Arroyo de la Luz aparecen las palabras *teucom*, *teucaecom*.

Por otro lado, la frase de Justino inmediatamente recuerda los versos de la Eneida de Virgilio, que se refieren a la llegada de la tribu de los vénetos a Italia, guiados por el troyano Antenor (Eneida 1,247 sg.):

*hic tamen ille urbem Patavi sedesque locavit
Teucrorum et genti nomen dedit ...*

aquí, por fin, él (Antenor) estableció la ciudad de Padua y los asentamientos de los Teucros y dio el nombre al pueblo ...

Me parece muy verosímil que la frase citada de Justino depende de estos versos de Virgilio y que tal vez el héroe griego Teucro haya entrado en la escena de Justino por un malentendido del texto virgiliano, que menciona al pueblo de los teucros, que no tienen nada que ver con el Teucro de Salamina, sino que son una denominación alternativa de los troyanos en la literatura épica.

Por supuesto, estos pocos puntos de arranque no son suficientes para desenmarañar la confusión de tradiciones que nos presentan los autores que quieren demos-

Griegos, romanos y «bárbaros» en la toponimia paleohispánica

trar —cueste lo que cueste— una lejana inmigración heroica de griegos y troyanos en el extremo oeste del mundo antiguo.

A mi modo de ver, el ejemplo más curioso del efecto que pudo ejercer un nombre indígena sobre personas llegadas de Grecia o Italia es la anécdota del «río del Olvido», del *flumen oblivionis*, del río *Lethe*, anécdota que, por lo demás, supongo bien conocida por todos ustedes. Sin embargo, es tan significativa para el asunto de mi conferencia, que me permito llamar explícitamente su atención sobre lo que se nos cuenta. Son los soldados del ejército que bajo el mando de Decimus Iunius Brutus había pasado por la costa occidental de la Iberia, ya por sí misma llena de referencias al fin de la *oikumene*, a la puesta del sol, al reino de los muertos y, en el ámbito de tales visiones acongojantes, les pronunció un guía indígena o algún habitante de aquella región el nombre del río que estaban a punto de atravesar: de este nombre llegó a su oído algo que entendieron como *Lethe*, y ya se puede imaginar el susto de los pobres soldados, quienes no dudaron en que al otro lado del río iban a olvidar toda su vida anterior y su procedencia y que nunca iban a volver a su patria. Pero, en la epítome del libro 55 de Livio se lee que el comandante Junio Bruto no estaba dispuesto a sacrificar su gloria militar a la superstición de sus tropas,

cum fluvium Oblivionem transire nollent, ereptum signifero signum ipse transtulit et sic ut transgrederentur persuasit,...

cuando se negaron a atravesar el 'río del Olvido', él mismo arrebató el estandarte al portaestandarte y lo pasó al otro lado para persuadirlos de que podían atravesar el río, ...

y se sabe que los soldados le obedecieron y que todos volvieron a Roma para celebrar el triunfo sobre los gallegos.

Tanto en la antigüedad como en los últimos dos siglos se ha discutido la identidad de este río y la mayoría de los filólogos actuales se han afiliado a la opinión de la mayoría de sus colegas antiguos, que tenía por seguro que se trata del *Limaia* o *Limia*, el actual río Limia, a pesar de que no es muy plausible que alguien hubiese confundido este nombre con la palabra griega *Lethe*. En cambio, en una contribución al coloquio celebrado en 1994 en Coímbra, Amílcar Guerra llamó la atención sobre el pequeño río *Leça* que desemboca pocos kilómetros al norte de la ciudad de OPorto, cuyo nombre presupone la forma **Letia*, que con mayor probabilidad corresponde a las condiciones de la anécdota en cuestión.

Fuera de Galicia, en las sierras celibéricas, hay un topónimo que de manera casi irracional evoca recuerdos griegos e incluso homéricos. Es el nombre de la ciudad *Contrebia Leucas*, atestiguado en el fragmento del libro 91 de Livio conservado por un palimpsesto de la biblioteca vaticana. La frase respectiva en el texto original reza *frumentum inde Contrebiam Leucada appellatur comportandum, praeter quam urbem opportunissimus ex Beronibus transitus est*. Sin duda alguna, el texto necesita una enmienda, y los editores suelen insertar *quae* entre *Contrebiam* y *Leucada*. *Contrebiam*

Jürgen Untermann

<quae> *Leucada appellatur*. A mí la enmienda no me satisface porque creo que *Leucada* es forma de acusativo y, por lo tanto, propongo o bien leer *Contrebiam* <quae> *Leuca*<s> *appellatur*, o bien borrar el verbo *appellatur*. En fin, la frase se traduce como sigue: *las vituallas deben ser transportadas a Contrebia Leucas, por la cual ciudad hay un camino muy cómodo desde el país de los Berones* (la tribu que vivía en la actual región de La Rioja).

De todas maneras, hay un cognomen griego *Leukas*, acusativo *Leucada*, que distingue esta ciudad de otras dos homónimas, *Contrebia Belaesca* y *Contrebia Carbica*, situadas en el centro y en el sur del territorio celtibérico, y es muy probable su identificación con las grandiosas ruinas que cubren una roca escarpada en el valle del río Alhama cerca de Inestrillas, en el rincón sudeste de la actual provincia de Logroño.

Por otro lado, el nombre *Leukas*, atributo del sustantivo πέτρη «roca», aparece por primera vez en el último canto de la Odisea de Homero, donde se describe el camino, por el cual el dios Hermes conduce hacia el reino de los muertos a las almas de los pretendientes de Penélope, matados por Ulises (Odisea 24,9-12):

... .. ἦρχε δ' ἄρα σφιν
Ἑρμείας ἀκάκητα κατ' εὐρώεντα κέλευθα.
πᾶρ δ' ἴσαν Ὠκεανοῦ τε ῥοὰς καὶ Λευκάδα πέτρην,
ἥδ' ἔ παρ' Ἑλίοιο πύλας καὶ δῆμον Ὀνειρώων

Iba delante a ellos Hermes, el salvador, por los caminos extensos, pasaron por las ondas del Océano y por la roca blanca y por las puertas del sol y por el pueblo de los sueños.

La «roca blanca», Λευκάς πέτρη, se encuentra allí donde por la noche el sol desaparece en sus puertas, donde los sueños tienen su domicilio, a las orillas del océano. Sin duda alguna se refiere al extremo oeste de la Península Ibérica, posiblemente a uno de los grandes cabos atlánticos, por ejemplo el de San Vicente, el de Espichel o el de Roca. Pero ¿cómo pudo llegar la Λευκάς πέτρη hasta el valle apartadísimo del río Alhama para que los habitantes de una fortaleza rocosa pudieran usurpar el prestigioso adjetivo griego para ornar el nombre celtibérico de su ciudad, por lo demás, bárbaro y muy prosaico?

Tal vez pueda hilarse un hilo, por cierto extremadamente fino y débil, que enlaza la Grecia con *Contrebia Leucas*. Hay que notar, que la ciudad celtibérica comparte su cognomen con dos otros sitios, ambos bien integrados en el mundo griego del mediterráneo antiguo: en primer lugar, con la ciudad y la isla de Λευκάς, la actual *Levkás*, en el mar Jonio, frente a la costa de Acarnania; en segundo lugar, y más importante para nuestra cuestión, con un pequeño peñasco que hoy se llama *Cap Leucate*, en la costa al sur de Narbona, mencionado en el *periplus* de Pomponio Mela (2,82) *ultra* (sc. *Narbonem*) *est Leucata litoris nomen* «más allá de Narbona hay una costa llamada Leucata», evidentemente la forma algo deformada del adjetivo griego λευκάς. El *Cap Leucate* se encuentra a casi igual distancia entre dos importantes

Griegos, romanos y «bárbaros» en la toponimia paleohispánica

asentamientos griegos, *Agathe*, hoy Agde, en el norte, y *Emporion*, Ampurias, en el sur, y toda la zona costera es riquísima en hallazgos de cerámica griega a partir del siglo quinto antes de Cristo.

Para hacer continuar nuestro hilo desde aquí hasta *Contrebia Leucas*, hay que volver unos veinte kilómetros hacia el norte, a la pequeña ciudad de Gruissan, donde se hallaron numerosos restos del antiguo puerto de Narbona, y entre ellos el fragmento de un plato de bronce de procedencia celtibérica. En el borde del plato se ve una inscripción en lengua y escritura celtibéricas, ejecutada exactamente según la técnica empleada en los grandes bronce de Botorrita y en muchas de las téseras de hospitalidad de aquella zona. El texto, desgraciadamente fragmentado, da la denominación de una persona, totalmente conforme con la fórmula bien conocida de la antroponomía indígena celtibera. Se ha conservado

]ikum.steniot.es.ke(antis). rita

y al cotejarlo con un ejemplo completo de la fórmula tal y como aparece, por ejemplo, en una tésera procedente de la zona del medio Ebro, hoy conservada en París (MLH.K.0.2),

lubos.alizokum.aualo.ke(antis). konte(r)biaz.belaiskaz,

se ve que en la parte perdida del texto hay que contar con el nombre individual de la persona respectiva y con las primeras letras del nombre de familia con el sufijo **-ikum** en genitivo de plural; sigue el nombre del padre en genitivo de singular, **aualo** sobre la tésera, **steniot.es** sobre el plato, y la palabra abreviada **kentis**, que significa «hijo», y al final el topónimo en ablativo que indica la procedencia, en un caso *Contrebia Belaesca*, en el otro caso la forma muy breve o posiblemente abreviada **rita**.

Lo que merece nuestra atención particular es el nombre del padre, *Stenionts*, que vuelve a aparecer tres veces en otras inscripciones, todas de la Celtiberia central y septentrional:

stenionte[s?] K.1.3, IV-2 el tercer bronce de Botorrita/Contrebia Belaesca,

stenionte (Dat.sg.) K.11.1 sobre una cuchara de plata, proveniente de Tiermes, provincia de Soria,

Steniontis f. Uxs(amensis) HEp.3, nr.191. inscripción funeraria hallada en la provincia de Guadalajara, de una persona que viene de *Uxama*, de la gran ciudad celtibérica cerca de Burgo de Osma.

Ahora bien, el plato de Gruissan hace evidente que había relaciones comerciales entre los talleres metalúrgicos de la Celtiberia y los puertos marítimos en el sur de la Galia, por su parte integrados en un comercio muy intenso con los grandes centros de la Grecia antigua. Por lo tanto, me atrevo a imaginar un equipo de comerciantes

Jürgen Untermann

griegos que llegaron hasta el valle del río Alhama y, tras haber admirado la enorme roca de la ciudad, contaron a sus *partners* comerciales contrebienses que aquella les recordaba la roca blanca, la Λευκός πέτρη mítica del extremo oeste del mundo.

De todos los ejemplos que acabamos de discutir se deduce una tesis casi axiomática que reza: «Un topónimo atestiguado en un ambiente bárbaro, cuanto más parecido es a una palabra griega o latina, tanto más verosímil es que no se trata de su forma auténtica, sino del producto de una latinización o helenización». En caso tal, la forma indígena o bien se ha perdido para siempre, o bien, bajo condiciones favorables, se puede reconstruir con la ayuda de testimonios disponibles en fuentes menos alejadas del estado original.

Déjenme ilustrarlo mediante tres ejemplos adicionales a lo ya expuesto, mediante los *Germani*, el *lacus Ligustinus* y los *Indicetes*.

Primero los *Germanos*: en el territorio de los Oretanos, entre el curso superior del Guadalquivir y la zona central de la Mancha los romanos oyeron algo que les parecía familiar: un etnónimo que les sonaba como *Germani*. Lo dicen Plinio (3.25), que menciona a los habitantes de una ciudad de *Oretani qui et Germani cognominantur*, y Tolomeo (2,6,58), quien conoce la misma ciudad bajo el nombre Ὠρητον Γερμανῶν, situada en las cercanías de la actual capital de la provincia de Ciudad Real. Por otro lado, de las inscripciones en lengua indígena y de topónimos y antropónimos se deduce que los habitantes de la misma región hablaban la lengua ibérica y no un idioma parecido a la lengua germánica en el sentido de la Lingüística Comparativa moderna. Desgraciadamente, no disponemos de ningún indicio que nos permita adivinar la forma ibérica malentendida que recibieron como *germani* los invasores itálicos.

Desde luego era inevitable que los filólogos e historiadores de los últimos 150 años no dudaran de que estábamos aquí frente a germanos auténticos, como los que describe Tácito en su *Germania*, venidos de la Europa central unidos a las migraciones celtas, sin darse cuenta de que los hablantes de las lenguas celtas vinieron a la Península en una época y de una zona que no les permitían de ninguna manera el contacto con germanos en el sentido histórico y lingüístico.

Casi lo mismo sucede con los Ligures, tomando su punto de arranque en dos pasajes, el uno de la *Ora maritima* de Avieno, el otro del léxico de Esteban de Bizancio.

Avieno 284:

Tartessus amnis ex Ligustino lacu / per aperta fusus

el río Tartessus que derrama del lago Ligustino hacia lo abierto.

Esteban de Bizancio 416,12:

Λιγυστίνη, πόλις Λιγύων τῆς δυτικῆς Ἰβηρίας, ἐγγύς καὶ τῆς
Ταρτησσοῦ πλησίον· οἱ δὲ οἰκοῦντες Λίγυες καλοῦνται.

Griegos, romanos y «bárbaros» en la toponimia paleohispánica

Ligustina, ciudad de los Lígures cerca del oeste de la Iberia, y vecina de Tartessos; sus habitantes se llaman Lígures.

Los dos autores sólo disponían de conocimientos muy poco directos de la realidad histórica de la Península en épocas remotas y no conocemos al informante que en el extremo suroeste ibérico tropezó con un nombre indígena, que le recordó del nombre los Lígures, es decir de aquel pueblo bien conocido que vivía en la región de la Italia septentrional que hasta hoy se llama Liguria. El filólogo francés Berthelot estaba convencido de que se trataba de los *Libyes*, que habrían atravesado el estrecho de Gibraltar para asentarse en el rincón meridional de la Bética, lo cual es posible, pero igualmente hay que contar con la posibilidad de que existiese un topónimo o etnónimo indígena, cuya forma pudo ser malentendida como *Lígures*.

Nótese que las formas transmitidas para los pretendidos Lígures de Hispania, *Ligustinus*, *Ligustina* y Λίγυες, coinciden totalmente con los términos usados en la Liguria itálica, lo que según nuestra tesis prohíbe estrictamente reclamarlos como testimonios directos y auténticos de la etnonimia hispánica.

En el tercer caso, *Indigetes*, tenemos la suerte de poder reducir el error a lo correcto: cuando en el año 218 antes de Cristo el primer ejército romano pisó el suelo de Hispania en la colonia griega de Emporion, le eran bastante familiares los griegos de allí, pero tenían que tomar nota de que alrededor de éstos había una población indígena, cuyo nombre recibieron como *Indicetes*, igualmente familiar para ellos, porque era casi igual al adjetivo que denominaba las divinidades autóctonas de la ciudad de Roma, los *di Indigetes* en contraste con los dioses venidos de afuera, los *di Novensides*. Llamaron pues *Indicetes* a esta tribu hispánica, y a su capital Ἰνδικὴ πόλις, tal como lo transmite Esteban de Bicancio. Sin embargo, a partir del momento en que Gómez Moreno nos enseñó a transcribir correctamente la escritura ibérica, sabemos que los romanos no habían entendido bien lo que se les había dicho sobre los vecinos no griegos de Emporion: no se llamaban *Indicetes*, sino *Undicetes*, atestiguado con sufijo ibérico por la leyenda de sus monedas, **untikesken**.

Para terminar la comunicación, les presento dos pequeñas listas, la primera de índole pesimista, la otra un poco más optimista.

La primera puede servir a la vez de resumen de lo que acabo de exponer, reiterando que hay que desconfiar constantemente de lo que nos transmiten los autores clásicos sobre la onomástica atestiguada fuera de Italia romana y de la Grecia helénica.

Llaman *Helleni*, Ἑλληνες a la tribu que de hecho se llamaba **Elaenii* (*Elaeneobriga*).

Llaman *Herminius* a la montaña que muy probablemente se llamó **Aiminios*.

Convierten en *Hippo nova* el topónimo ibérico *Iponuba*.

Convierten *Tudae* en *Tyde*, y *Oducia* en Ὀδύσσεια.

Jürgen Untermann

Escriben Ὀλυσίπων, *Ulisippo* con *u* en la primera sílaba o con *i-griega* en la segunda en lugar de *Olisipo*.
Entienden Ἀθήνη, cuando los indígenas les dicen **Letia*, e *Indicetes*, cuando los indígenas dicen **untikesken**.

Y, desde luego, hay que contar con innumerables casos de la misma índole, en los que no podemos controlar la fiabilidad de lo que encontramos en los textos griegos y latinos.

En cambio, seríamos injustos y desagradecidos con las fuentes, si pasáramos por alto el gran número de topónimos, de los que disponemos de testimonios en lengua indígena, y que aparecen en nuestras fuentes más o menos perfectamente con su forma original recuérdense, por ejemplo, los nombres de ciudades atestiguados por leyendas monetales, como:

iaka en las monedas e Ἰάκκα en Tolomeo.

erkauika en las monedas, *Ergavica*, Ἐργαυίκα en Livio y Tolomeo.

Un caso igual, salvo la particularidad ortográfica de la escritura ibérica, **konterbia** en monedas, *Contrebia* en Livio.

Con integración en el sistema flexional griego y latino, **saitabi** en monedas, *Saetabis*, Σαιταβίς en Plinio y Tolomeo.

Además, con la diferencia motivada por las reglas de la lengua latina para el vocalismo de sílabas no iniciales, **barkeno**, **baitolo**, **kastilo** en monedas, *Barcino*, Βαρκινῶν, *Baetulo*, Βαιτουλῶν, *Castulo*, Καστουλῶν, respectivamente, en Plinio y Tolomeo.

Con la sustitución de los sufijos indígenas para la formación de etnónimos, **ausesken laiesken** en monedas ibéricas, *Ausetani* en César, Livio y Plinio, *Laietani* en Plinio, Αὔσητανοί y Λαιητανοί en Tolomeo. **kolounioku**, **kortonikum** en textos celtibéricos, *Clunienses* y *Cortonenses* en Plinio.

Ahora bien, ambas listas, la negativa y la positiva, sólo representan un porcentaje muy reducido de la totalidad de topónimos que estaban en uso por los habitantes prerromanos de la Península Ibérica; sin embargo, nos enseñan, por un lado, a no perder toda la confianza en los grandes sabios de la antigüedad, como lo eran Plinio, Estrabón, Tolomeo y otros más; por el otro, nos aconsejan mantenernos continuamente escépticos frente a todas las asonancias superficiales que puedan inducir a contar con interrelaciones que existen sólo en las teorías etimológicas de ciertos autores antiguos y modernos, pero no en la realidad histórica.